

Baltasar Ponjuan Batllovera

En 3 de Enero de 1.888 una multitud silenciosa hacía pública manifestación de duelo. El músico guixolense, Baltasar Ponjuan Batllovera, que había subido a gran velocidad los peldaños de la vida causando respeto y admiración en las lejanas tierras sudamericanas dormía en Dios. Su quebrantada salud le obligó siendo aún relativamente joven a abandonar su vida activa empujándole al regreso a su patria querida en el apogeo de su carrera artística.

Los méritos personales y profesionales que enaltecieron al ilustre compatriota haríanse sin duda acreedores a una extensa biografía, pero por razón del tiempo y por carecer de otros detalles, los condensaremos en unas breves líneas que, como se verá, no por sucintas han de

amenguar los lauros que conquistó y que pretendemos recordar.

Nació el afamado artista en nuestra localidad a fines del año 1.844. Desde su infancia, alternando con la instrucción primaria que sus padres, humildes artesanos, pudieron darle, desempeñó la parte de primer tiple de la Capilla de la Iglesia Parroquial, destacando por su afición a la música que estudió bajo el aleccionamiento de D. Esteban Alabau que a la sazón ocupaba el cargo de organista. Mas tarde, otro músico de la villa, D. Feliu Palol, le instruyó en los principios elementales del flautín.

Cuando Baltasar Ponjuan contaba catorce años, llegado que hubo el momento de lucha para los que carecen de fortuna, determinó resueltamente partir para Montevideo donde residían unos tíos suyos que le alentaron en su empeño. Instalado ya en casa de sus parientes dedicose al oficio de carpintero que ejercía su tío, pero pronto cayó éste en la cuenta de la verdadera propensión del joven en cuya mente forjaba su ilustración artística infinitos planes, feliz augurio de los triunfos que en las altas esferas del arte musical habían de hacerle famoso.

Poco tiempo después abandonaba Baltasar Ponjuan el taller de carpintero para ingresar en uno de los cuerpos de la Milicia de aquel bello país obteniendo la plaza de flauta en una de las mejores bandas de música. En este conjunto desempeñó durante siete años y con el aplauso de sus superiores el puesto de que hemos hecho mérito, hasta que, después de reñida oposición, consiguió el cargo de primer flauta en el Gran Teatro Colon de la misma capital.

Animado a pesar de su modestia por el beneplácito de competentes y colegas, perseveró en el estudio y pronto ganóse la fama de brillante y distinguido concertista, siendo calificado y considerado entre los inteligentes como el mejor flautista de aquellas tierras americanas.

Tantos fueron los éxitos conseguidos por nuestro benemérito compatriota y tal fué el vuelo de sus progresos, que, después de haber sido nombrado Músico Mayor de la Gran Banda Republicana, mereció en Buenos Aires los títulos de socio honorario de distintas sociedades corales y de director efectivo de varias corporaciones musicales, haciéndose acreedor al Gran Diploma de Honor con medalla de oro con que se le distinguió e premio a su inteligencia y a los relevantes méritos probados en el desempeño de los importantes cargos que le fueron encomendados.

Su salud quebrantada precipitó sin duda su regreso a la patria querida; desgraciadamente su vuelta le acercó a la muerte. La enfermedad que le consumía llevóle al sepulcro poco tiempo después de haber recorrido una larga senda alfombrada de laureles, en tanto que en el Nuevo Mundo se exaltaba el recuerdo del amigo entrañable y del excelente músico.

La excesiva modestia le apartó de la ostentación, aunque, no pudiendo sustraerse a su arte, permitió a no pocos guixolenses admirar las envidiables dotes de un flautista extraordinario, del pianista de buen gusto, del excelente guitarrista y muy en particular las de un músico teórico de conocimientos nada vulgares. Fué Baltasar Ponjuan el ave brava cuyo poderoso vuelo perdióse entre las crudas realidades del tiempo y del olvido.

J. Soler Cazeaux



La Familia Trapp

La familia Trapp podía escoger entre dos caminos para seguir adelante en una existencia distinguida y elevada: el de estar sometida a una rigidez marcial que hasta incluía el paso militar uniformado para sus seis querubines, cuando se dirigían al jardín de la señorial morada, o el camino de la flexibilidad y dulzura maternales derramadas sobre la familia por una institutriz afable e ingenua, cual correspondía a su condición de novicia claustral.

Así empieza esta primorosa película de «La familia Trapp», tierna y simpática y gracias a la cual podemos asistir a la biografía de la tal magnífica familia austriaca.

Pese a su ambiente infantil, por la presencia de los encantadores Trapp, el film no deja de patentizar sus momentos esencialmente humanos, como igualmente poéticos. La salida de la novicia del convento para dirigirse a la mansión de los Trapp, adentrándose en la

sugestiva ciudad de Salzburgo, es uno de ellos.

El coro infantil, piedra de toque para que a la familia se le abrieran las puertas de un país acogedor, resulta otro tanto.

El acertado colorido, junto a la delicadeza, ternura y gracia que respira, además del trabajo sumamente cuidado de Ruth Leuwerik y Hans Holt, redondea el número de cualidades artísticas de la película.

Con este film el cine germano vuelve a presentarse prometedora de excelentes realizaciones que no estén sojuzgadas a convencionalismos o remilgos anacrónicos. «La familia Trapp» lo proclama con una garantía indudable.

Como también lo proclama su director Wolfgang Liebeneiner con una labor cuidada, precisa y atractiva.

Este film sirvió para alegrarnos la verbena de San Juan.

C. Isern Llorens.

**Para temporada verano,
se precisa mujer,
sepa cocinar.**

Buen sueldo

Razón: Juan Maragall, II

**Extraviado
rosario con medallas
EN LA PLAYA SAN ELMO**

Se gratificará su devolución en el Ayuntamiento de esta ciudad.